

«¿Y por qué 100 millones de estrellas?»

EncuentroCastellón 2024: **¿Es posible vivir juntos siendo diferentes?**
Conversación entre Juan José Gómez Cadenas, físico y escritor, y Guadalupe Arbona, profesora de literatura y escritora. Sábado, 3 de febrero de 2024

Guadalupe - Gracias por la acogida del Encuentro Castellón, por la invitación de Pilar y de todos los amigos, estoy aquí encantada. Mi alma mediterránea agradece esta visita. Encantada también por encontrarme con... yo creo que ya puedo decir que un viejo amigo, ¿no?

Cadenas- Yo creo que sí. Lo de viejo siempre que se entienda que somos jóvenes, claro está.

Guadalupe - Viejo amigo lo digo porque ya son años. Además, la ocasión que me ha dado Pilar expresamente es recuperar momentos de encuentro porque Juanjo vive entre Valencia y San Sebastián, Ginebra y Japón, Los Ángeles e Italia. Yo vivo mucho más fija en Madrid, pero es verdad que han sido muchas las ocasiones y siempre han sido ocasiones memorables, que se guardan en la memoria, que dejan en cierto modo huella. Por eso pensaba en el planteamiento del encuentro, tal y como nos lo pidió Pilar, que era ver qué relación hay entre ciencia y literatura. Probablemente nuestros colegas académicos dirían que es una cuestión de interdisciplinariedad, que suena a discursos que se tienen que entremezclar. Sin embargo, pienso que lo que tiene de bonito poner en diálogo los métodos de conocimiento propio de la literatura y el método de conocimiento de la ciencia en nuestro caso parte de una experiencia común, compartida, y que se sostiene precisamente en este acto libre que es la amistad, los diálogos y la convivencia que hemos compartido durante mucho tiempo.

Juanjo Gómez Cadenas es un científico de primera línea, ya he dicho algunas de las ciudades y países donde ha vivido porque en todos ellos ha desarrollado su trabajo de investigación, vivió mucho tiempo en Ginebra, desempeñando su labor científica en el CERN, que es uno de los centros más famosos del mundo entero por la calidad de la investigación que se lleva allí a cabo. Ahora mismo está en uno de esos procesos de investigación de los que espera resultados sobre los neutrinos –yo no sé de física, sé solo lo que me ha contado Juanjo–, si el neutrino produce la antipartícula de sí mismo y tiene un experimento en Canfranc y si los resultados son los que él espera yo creo que serían propios de un premio Nobel.

Cadenas- Eso lo dice ella.

Guadalupe- Actualmente trabaja también para el centro de alta investigación de Donostia, International Physics Center.

Esta sería la presentación de Juanjo Gómez Cadenas físico. Pero yo le he oído muchas veces decir que a él le gusta que se le presente también como escritor y efectivamente es un gran escritor. Ha publicado varias novelas, siempre en torno al mundo científico, pero con una trama trepidante, muy entretenida y donde afloran siempre problemas de fondo que emergen de sus historias. Traigo aquí *Los saltimbanquis*, pero también tiene *Spartana*, *Materia extraña*, un libro de cuentos, eso en lo que se refiere a la narración. También ha escrito *El ecologista nuclear*, que es un ensayo sobre las energías nucleares. Y otra de las facetas de Juanjo dentro la literatura es la poesía. Ha escrito poesía en inglés. Una de sus musas es también una premio Nobel, Louise Glück, a quien admira extraordinariamente y en su poesía se nota el tino de su musa.

Juanjo además de todo esto es un torrente, no sé por dónde saldrá esta tarde. Es un torrente, una cascada, tiene energía y lo veréis... lo digo desde el principio y lo comprobareis todos vosotros, una energía que no sé dónde acabará esta tarde, yo he preparado mis preguntas, pero ya veremos...

Cadenas- Antes de pasar a las preguntas y demás quería hacer mi propia presentación a la audiencia para equilibrar un poco lo que ha dicho Guadalupe. Guadalupe estaba explicando que si el instituto internacional, que si los neutrinos... yo quiero empezar por contaros una anécdota que sitúa al personaje bastante bien. Estamos hablando del año 1986-1987 y estamos en un pueblecito de la costa del Mar Menor donde mi familia tiene una casa. Allí pasábamos los veranos mis tíos, mis padres. De hecho, en unos de mis viajes a África una vez que me tenían que vacunar me dijeron: "Usted no se tiene que vacunar de nada porque ya lo ha pasado todo". Porque en Cartagena en los años 70 se pasaba de todo. En esa situación en la que os pongo está mi padre y tres de mis tíos jugando al dominó. Juegan como se juega en el Mediterráneo, que se juega al dominó muy en serio. Y se suponía que mi primo se estaba echando la siesta, yo tenía 26-27 años. Acababa de volver, de veraneo desde Stanford, en Estados Unidos, y era el primer verano que me tomaba unos días de vacaciones después de un año sin volver a casa. Estaba muy emocionado de estar en casa y no me podía dormir, por eso metí la oreja a ver qué estaban haciendo mi padre y mis tíos. Se oía "clac" y la conversación seguía entre picada y picada de ficha. Y había un tío que se llama el Titi, fabricante de muebles y propietario de una discoteca en aquellos años, y mi tío le preguntaba a mi padre: "A ver, el Juanjo ¿qué está haciendo?". Y mi padre: "Ah está con una beca en Estados Unidos investigando los neutrinos y las partículas..." y a mi padre se le olvida picar dos veces. El Titi le deja hablar entre medias y cuando acaba dice: "O sea, que está parado". Yo creo que con esto...

Guadalupe - Juanjo has asistido este verano en el Meeting de Rímini, y en una conversación como esta hablaste de un momento de tu vida, de tu línea de investigación una noche en Japón, estabas allí de investigador, contaste que acababas de cumplir 44 años, que tu hijo Héctor tenía 4 años, que acababa de morir tu amigo Paco Salinas, poeta muerto joven, con 50 años. Esa noche te diste cuenta de una cosa que a mí me parece importante y que puede ser el principio de nuestra conversación y es que la tristeza es una cosa y los neutrinos otra. Tú habías dedicado hasta ese momento toda tu vida a los neutrinos, hablas de cómo el método de la ciencia te daba cierta seguridad porque era una forma de controlar lo que tenías delante, y, sin embargo, te encuentras con 44 años, un amigo muerto, un hijo casi...

Cadenas- Recién nacido. La que tenía 4 años era Irene... Estaba en Japón con una niña y un bebé, que es todavía más contraste si quieres.

Guadalupe -Y allí te das cuenta de que la tristeza es diferente a la naturaleza de los neutrinos. Yo creo que precisamente la literatura da espacio y recorrido a lo que significa la tristeza, la soledad, la desproporción, el camino humano, el significado que tienen las cosas. ¿Cómo combinas esto? ¿Cómo se pasa del afán consolador de la ciencia a esta dramaticidad, de estar siempre delante de una indefensión, digamos, de una herida?

Cadenas- Yo diría que sí, es verdad que es un buen punto de partida porque no es que fuera la primera vez con 44 años que me sentí triste, claro, me había sentido triste en más de una ocasión. Ni tampoco es que un científico sea uno que hace su ciencia y no se entera de nada más. Pero lo relevante de esa historia particular es que en ese momento yo tenía que procesar, de alguna manera, esos sentimientos extremadamente contradictorios. Murió Paco Salinas que por cierto aparece como personaje principal de la nueva novela que estoy escribiendo como homenaje a él, era alguien que me había influido mucho, de él surge mi afán por la

poesía. Era uno de esos cristianos comunistas que acabó siendo no estoy muy seguro de si cristiano, pero desde luego no comunista. Era un gran poeta, una persona a la que yo me agarraba, con la que me entendía muy bien, aunque yo llevara muchos años fuera, pero era un poco como un hogar, una de esas amistades que no necesitan verse todos los días para saber que existe un hilo que te une... un hilo no, una cadena... su muerte me dejó frito. En el sentido que fue una muerte inesperada y por lo tanto en el sentido de injusto. Este que era un gran poeta, que era una persona maravillosa, que tiene dos hijas pequeñas, cuando hay por ahí tanto canalla y tanto sinvergüenza disfrutando de excelente salud. Preguntas que todos nos hemos hecho. Y a la vez mi hijo recién nacido y yo intentando dar sentido a aquella cosita tan pequeña y a mi niña de 4 años. Esto todo de golpe. En ese momento me pongo a escribir y utilizo los neutrinos como elemento poético y eso sí que no lo había hecho nunca. De hecho, de ese texto me acuerdo perfectamente que dice millones de neutrinos de amor. Y a continuación sigue hablando de la siguiente manera: me imagino el gran detector de neutrinos en el que estaba en Japón como un bebé. Para que os hagáis una idea, ese detector de Japón es tan grande como la catedral de Burgos. Cogemos la catedral de Burgos, la llenamos de agua y ese es el tamaño aproximado del detector donde yo trabajaba en ese momento. Ese detector está enterrado en una mina, en la oscuridad absoluta. De vez en cuando pasaba un neutrino y pasaba una chispita de luz que el detector detecta. Yo me imaginaba en ese momento tratando de darle sentido y empiezo a construir dando sentido a lo que la ciencia dice, no niego lo que la ciencia dice. Imaginaba que el detector es como un niño ciego y lo único que ve ese detector de vez en cuando es un neutrino que es una chispita. Y que esos neutrinos que son como chispitas son el equivalente al amor humano. Y que ese detector es Dios. Son todas imaginaciones de alguien que está escribiendo a las 4 de la mañana, pero a las 4 de la mañana se imagina a la divinidad como a un niño ciego cuya única percepción del universo son esas chispas que se corresponden a las vidas humanas que componen la materia. Esa es un poco la idea del texto, que para mí tuvo un efecto de consolación en el sentido de que, por naturaleza o convicción, no soy una persona que pueda referirme a la existencia de una divinidad revelada, es decir, hay un Dios, que es el Dios de Israel, que me va a recibir en su seno, mi amigo es inmortal, mi amigo está en el cielo... Yo no lo veo así. Por tanto, enfrentarme a estas cosas es difícil. Pero tampoco soy capaz de caer en el nihilismo, y entonces buscas una solución que tiene que estar en algún lado y para mí la solución siempre ha estado en la visión poética del mundo, donde esa visión intenta crear metáforas que dejen un espacio de percepción, con la famosa palabra que a mí no me gustaba y que me descubrió Guadalupe y compañía: misterio. Realmente hasta ese momento nunca había jugado con el misterio, con el misterio de la vida humana, con el misterio que encierra el hecho de que estemos aquí y no entender todo por qué estamos aquí. Esta era la primera vez que, jugando con toda esta construcción, lo hice. Por eso es particularmente relevante ese día, ese momento.

Guadalupe- Cadenas llora por la muerte de su amigo, siente esta tristeza, intenta de alguna manera buscar una explicación pero también se maravilla, por eso no acabas en el nihilismo probablemente, porque tu estupor, tu sorpresa frente a la realidad es una cosa que me deja siempre boquiabierto, de la que yo aprendo. Recuerdo que en 2017 yo estaba estudiando en Cambridge, estaba en la biblioteca, me mandaste un correo con una conferencia que ibas a dar porque ibas a ser nombrando socio de honor de Universitat. Hiciste una lección sobre lo que te maravillaba del mundo y las preguntas que te planteaba ese estupor, esa maravilla ante las cosas. Voy leer, a entresacar sobre todo las partes finales de esa sorpresa que te procura la realidad, desde la visión por un lado de un científico pero también de un hombre que no frena su capacidad de admiración respecto a lo que tiene delante. "Mi plan es explicar que lo que

más me ha impactado ha sido el número, 100 mil millones, ¿por qué?”. Juanjo te planteaste, en esa conferencia 4 realidades y sobre ellas formulabas 4 preguntas.

Dices: “¿Por qué hay 100 millones de estrellas en una galaxia y 100 millones de galaxias en el universo? El Dios de lo visible creó un cosmos gigantesco, sobrecogedor que nos pone en nuestro sitio nada más alzar la vista a las estrellas. Yo no creo en este Dios, ¿pero entonces por qué tanta inmensidad?”. La primera pregunta, frente a 100 millones de estrellas, 100 millones de galaxias, ¿por qué tanta inmensidad?

La segunda: “¿por qué por tu uña pasan cada segundo 100 billones de neutrinos (que son esas partículas que estudia)? El Dios de lo invisible creó esas partículas minúsculas, pedacitos de casi nada, ángeles o fantasmas a los que he dedicado toda mi carrera. Si el Dios de lo invisible no los hubiera creado, no existiría el universo. Yo no creo en ese Dios, ¿pero entonces por qué tanta sutilidad?”. Antes era la inmensidad, ahora la sutileza de algo mínimo.

Tercera pregunta, sobre el cerebro: “¿Por qué inducirle 100 billones de neuronas que lo convierten en la máquina más prodigiosa del mundo? Una máquina que es capaz de percibir la belleza de una rosa y de una ecuación matemática, una máquina que ha creado a Shakespeare y a Dante, a Rilke y a Maimónides, a Jesucristo y a Einstein. El Dios de lo complejo creó esa máquina que percibe el universo y se asombra ante todo lo visible y lo invisible. Yo no creo en este Dios, ¿pero entonces por qué percibo tanta belleza?”.

Cuarta pregunta: “Por qué 100 millones o aproximadamente la suma de todos los vivos y todos los muertos, todos nosotros, el Dios redentor anota cada una de las almas que han pasado por este planeta –los que han muerto, los que vendrán–, las observa, las conoce, reserva para cada una de ella un sitio en su mesa, ese hombre que es uno más de los 100 mil millones de hombres que han vivido. Si somos solo sombras que pasamos, ¿por qué tanto amor?, ¿por qué tanta belleza?”. Se pregunta por la inmensidad, por la sutileza de lo mínimo, por la belleza del cerebro –que percibe una ecuación matemática y una rosa– y por la belleza de los 100 billones de personas que hemos pasado por este mundo.

Yo te pregunto en primer lugar por esta fuerza que tienen tus preguntas. ¿Qué hay en ellas? ¿De qué experiencia nacen?

Cadenas- Las preguntas de ese texto son muy acertadas porque realmente resumen mi situación frente a la vida y creo que la situación de cualquiera que tenga los ojos abiertos. Aquí, como te había advertido, creo que voy a intentar sacar los pies del tiesto un poco. Existe una cierta tendencia entre algunos de mis colegas y entre un determinado tipo de intelectuales a sentirse comfortable, a sentirse cómodo adoptando una serie de ideas y de posiciones frente a la vida. En particular, existe algo que yo llamaría el científico agnóstico o ateo a gusto consigo mismo. Dicha hipótesis quizás sea la mejor. Por ejemplo, Richard Dawkins. Es un tipo que admiro muchísimo y creo que sus libros son absolutamente fantásticos para aprender lo que es la biología. Pero en otros de sus libros se siente estupendamente bien hablando de esos tontos que no entienden y se aferran a sus creencias. Y es ahí donde yo le diría que lo admiro, pero que está en su zona de confort y debería salirse porque un tío como él no está bien en la zona de confort, a gusto. Hay otro tipo de científico creyente que se siente absolutamente cómodo y feliz leyendo el evangelio, yendo a misa los domingos y confesándose. Estoy cogiendo en este caso la fe católica por decir alguna, pero me da igual hablar de un cristiano, de un musulmán o de un judío. El caso es que me estoy refiriendo al creyente que se siente muy cómodo y muy a gusto y muy feliz no reflexionando demasiado sobre su fe. Yo creo que el pensamiento no puede tomar asiento como decía Aute. Creo que el hombre moderno está

condenado y tiene el privilegio de vivir en el eje de la vida. En la Edad media era muy fácil ser creyente, porque el mundo era muy difícil de explicar sin un Dios creador. Si te acuerdas, en esa serie de preguntas preguntamos por el universo de lo grande. El universo de lo grande en el siglo XII partía de Aristóteles, por tanto, era muy fácil creer en Dios, pues el universo no se conocía directamente por lo tanto no había nada por lo que preguntarse. La máquina del cerebro tampoco se conocía y lo único que sabíamos era del alma humana, de nuestra diversidad frente al animal torpe, nos veíamos con razón infinitamente superiores y por tanto cercanos a los ángeles. Si tú coges digamos el mundo del hombre renacentista era completamente lógico, completamente necesario, casi inevitable esa creencia a ciegas, sin preguntas. Ahora la ciencia nos da una explicación mucho más potente del hombre como máquina biológica y ha quitado muchos atributos que antes Dios recibía necesariamente. Ya no necesito un Dios para explicar esto, no necesito un Dios para explicar el movimiento de los planetas ni las galaxias ni las leyes de la física, a lo mejor todavía necesito un Dios para saber el origen del universo, pero hay muchas otras cosas que no. No necesito de un Dios para explicar cómo funcionan los genes, a lo mejor necesito de un Dios para entender qué es el ser humano, pero a lo que estaba obligado, de ahí ese intercambio entre la observación de lo grandioso y la pregunta que surge. En ese texto lo que yo intento decir es lo siguiente: mi razón como científico me quita de momento la necesidad de Dios, miro el universo grande y digo: mira estas estrellas, estas galaxias, pim, pam, pum, como la famosa hipótesis...

Guadalupe- ¿Me dejas que te interrumpa?

Cadenas- Sí.

Guadalupe- Lo prodigioso de ese texto es la conciencia que tienes.

Cadenas- Incluso más.

Guadalupe – La pregunta.

Cadenas – Exacto. Es la pregunta.

Cadenas – Es ahí donde quería llegar. Tú cuando ves el universo dices: este universo gigantesco no lo necesitaba y si no te haces preguntas te da igual, todo queda ahí. ¿Pero por qué tiene ese tamaño descomunal? ¿Y por qué 100 millones de estrellas? ¡Tengo que saber esto! ¿Por qué me asombra tanto? ¿Para qué todo esto? Y esa pregunta se repite una y otra vez. No hay forma de que te escapes de ahí. Lo que quería decir es que, si la razón quiere insistir en no creer en Dios, la misma razón vista de otro ángulo te dice: eh, ¿y cuál es tu respuesta a todo esto? ¿Por qué el universo es grandioso, por qué el universo es sutil, por qué el universo es delicado, por qué el universo está exigiendo una respuesta? No me vengas con la respuesta: "Ah, por nada". Lo que intento decir es que la razón me mete en un callejón sin salida, me lanza al extremo de un abismo y me deja solo, me pone en una cuerda floja y me dice: apáñatelas. Me llena de angustia y no me da respuestas. Pero sobre todo lo que intento decir es que bendita sea la razón que me hace todo eso porque esa es la razón que me hace estar vivo. Yo no quiero vivir una vida en la que me sienta cómodamente, encantadamente feliz con respuestas que otros han dado por mí.

Guadalupe- Fantástico porque yo, al menos como cristiana, agradezco muchísimo precisamente esta pregunta tuya y este límite de la razón que reconoces, porque tú ya has llegado a ese punto donde la razón lleva más allá porque el hombre religioso pensante es el que hace todo este recorrido de la razón y en el vértice dice: hay un creador. No para tranquilizarme, por eso digo que bendita incomodidad y benditas tus preguntas que

precisamente nos sacan de ahí. Yo necesito de tu manera de preguntarte precisamente para salir de mi zona de confort, que es lo que has dicho desde el principio. Yo necesito de tus preguntas para salir de mi zona de confort y para no conformarme con las cosas que ya sé, sino que mi razón sea precisamente esa fuerza, ese chorro, como el chorro del lago de Ginebra –el *Jet d’Eau*, que tan bien conoces–, que sube hasta el infinito. Y las preguntas en cierto modo me parece que pueden ser... que son la huella existencial de algo que no nos deja tranquilos, ni a ti ni a mí.

Cadenas- Fíjate, ahora que no nos oye nadie te voy a contar una historia, que no salga de esta mesa, que no salga de esta habitación porque me metéis en un lío. Muchos de mis amigos están muy preocupados cuando se enteran de que voy al Meeting de Rímini, que voy a EncuentroMadrid, como cuando se enteren de que he venido a Encuentro Castellón ¿Y tú por qué vas a todos esos encuentros de cristianos? Porque me invitan, no sé por qué, pero me invitan y yo voy. “¿Y si te convierten? Yo estaría asustadísimo”. Como si en lugar de convertirme al cristianismo, me fueran a convertir –yo que sé– a una secta satánica. Me lo dicen varios: “Mira que igual te convierten”. Bueno, ¿y qué? Si me convierten el mundo no se va a hundir, no se va a abrir ningún cráter celestial. “Ay, hombre, ¿tú no te das cuenta de que empiezas jugando, jugando, jugando y acabas convirtiéndote?” Me encanta porque estamos hablando de cómo la gente tiene miedo. Pero si venimos aquí a hablar... si me convierten, me convierten... pero lo que yo intento es entender algo, porque no entiendo nada. Es difícil convertirme porque es difícil convertirme si no entiendo nada en el sentido de que soy muy preguntón pero justamente lo que no les digo porque me es mucho más fácil decir cada vez que voy a estos encuentros que es porque me invitan mis amigos, que además es verdad y me gusta decirlo, pero lo que no les digo es que lo que a mí me gusta de mis amigos es que son muy preguntones y se preguntan, desde luego Guadalupe se pregunta, y el ejercicio de preguntarnos juntos es un ejercicio intelectualmente satisfactorio y moralmente necesario. En la vida de cada día, luego va de zapatero a tus zapatos, cada uno trabajando y no piensa, tiende a embrutecerse, y sin embargo todo lo que me ha pasado, estoy seguro, es que sales una mañana de casa y la luz de la primavera en una mañana especial os acordáis de cuando vuestros hijos tenían cuatro años y hay algo ahí rarísimo que se abre bajo vuestros pies literalmente, y te caerías en el abismo, pero al mismo tiempo algo te tiende un puente... todo eso puede ser. No sé qué es, pero buscar el equilibrio entre lo que sé y lo que no sé es lo que creo que me mantiene lúcido.

Guadalupe- Yo vuelvo a la imagen que ponías al principio: los sabios quieren frenar mi ansia de conocimiento y sin embargo ese conocimiento en marcha, ese verte a ti siempre en acción, buscando las razones de las cosas, es algo verdaderamente admirable. Y yo aquí tenía más pregunta, traía una cita de Dostoievski sobre la atención y sobre el artista. Lo que siempre me ha sorprendido en ti es que tu atención no deja nunca de estar en marcha, cuando generalmente en las personas con las que tratas ves que la atención decae, nos vamos haciendo cada vez más burgueses, nos adecuamos a las cuatro cosas que conocemos, cualquier cosa nueva nos pilla un poco lejos... y sin embargo tú siempre estás con los ojos abiertos de par en par, intentando buscar la verdad que hay en cada cosa. Me parece que eso coincide con la naturaleza humana, con el hombre y la mujer, tal y como estamos hechos para conocer lo que tenemos delante, con esta atención, y por otro lado decía Dostoievski que esta es la imagen del artista, que ve más cosas de las que muchas veces se ven normalmente, que tiene una mirada más madura sobre la realidad. ¿Qué haces para mantener esta atención, para educar esta atención, para tener los ojos encendidos? Y ahora cito al escritor ruso: “Tomad un hecho cualquiera de la vida real, aunque no sea tan evidente a primera vista y si tenéis un mínimo de fuerza y ojos reconoceréis en él una profundidad, esta es la cuestión, ¿quién posee

esta mirada? ¿Quién tiene esta fuerza? Porque no solo para crear obras de arte, sino simplemente para percibir un hecho se requiere ser en cierto modo un artista”.

Cadenas- También puedo contaros un secreto, que tampoco salga de aquí porque si no mi reputación se ve afectada. Hay dos cosas. Yo era un niño solitario, muy solitario. Mi padre era marino y cada cinco años cambiaba de destino y por tanto mi niñez fue danzando de un puerto a otro. Cada vez que hacía algún amigo tenía que marcharme. Tenía muchos hermanos, somos seis en casa, pero yo era el mayor, luego había dos chicas que hacían piña y después tres chicos que hacían piña. Como niño solitario hacía dos cosas: Leía y miraba. Leía todo lo que caía en mis manos y miraba. Viví en un pueblo, San Carlos de la Rápita, ahora se llama La Rápita, ya no le puedes llamar San Carlos que son muy suyos y me llevaban de paseo con mi abuelo, que murió hace poco, al puerto. Íbamos y mirábamos los barcos, mirábamos. Esa es una parte yo diría remota de lo que viví. Recuerdo perfectamente tener once o doce años y estar paseando con mi amigo Miguel y ver unas estructuras de hierro, que eran unas anclas, los ingleses en ese momento estaban construyendo una plataforma petrolífera cerca de la costa. Estas anclas nos parecían las cabezas de extraterrestres. Nos pusimos a jugar con esa idea y nos pasamos semanas enteras creando un mundo que nos habíamos inventado mirando esas anclas. La necesidad de explicar el mundo porque ves mucho y miras más, y no tienes muchos amigos, y no puedes participar en muchas cosas sociales por ser un niño solitario.

La otra clave son mis hijos. Si no hubiera tenido hijos no habría sido nada de lo que soy. Para mí hay como dos etapas en mi vida: antes de tener hijos que lo considero como un periodo de aprendizaje, salir de la adolescencia, fin de la infancia; y a partir del momento en que llegan mis hijos que yo me empiezo a definir como persona de verdad. Mi hija Irene tiene 23 años, mi hijo Héctor 19. Mis hijos me obligan a pensar, a crear, a mirar y a ver las cosas con sus ojos desde siempre, desde que nacieron. Tener a mi hija primero y a mi hijo después, en la cuna, intentar entender qué era aquello, a mí y a cualquiera, simplemente que a la gente se le olvida. Una simple anécdota, que no quiero ponerme muy pesado con mis hijos: cuando Irene tenía unos doce años, me invitaron a mí y a mi mujer a una conferencia a Venecia y allá que nos fuimos, cómo no, con mi suegro que venía de personal de apoyo. Mi madre no podía venir, pero antes me dio una estampita de san Antonio, su santo favorito. Con san Antonio mi madre tenía discusiones, se negociaban los milagros, metió la estampita debajo de la cuna de mi hija porque los italianos son muy envidiosos y celosos, iba empujando el carrito de mi hija con la estampita de seguridad debajo y a ver quién de vosotros que tengáis hijos y os acordéis no me digáis esto, sacando pecho, mirando a todo el mundo diciendo: yo soy el padre de esta niña, qué os parece, y con la sensación de que toda Venecia: “¡oh, oh, oh! Aquí está pasando el padre”. Y luego me decía de vez en cuando: pero si esto le pasa a todo el mundo. Alguien que me lo explique porque ese sentimiento es real. Es real. Me pasaba a mí, no es falso, no me lo inventé, nos ha pasado a todos, no es falso. El mundo lo redescubres, es nuevo otra vez. Cuando tienes hijos hay este potencial de esperanza que se levanta y entonces tus ojos se levantan como un zarandillo. Yo creo que esas son las dos grandes líneas y se conectan de alguna manera porque cuando dejé de ser niño llegaron ellos y hasta aquí sigo asombrándome con ellos. Creo que esa es la clave.

Guadalupe- Es estupendo porque por un lado es la educación en el mirar y leer, una educación con tu amigo que cuentas, y por otro lado lo que cuentas de tu hija en Venecia, me sorprende ahora cuando lo dices de nuevo porque es el método natural de la preferencia. Tu hija es la mejor y eso también es una dinámica del conocimiento, ¿no? Que a cada uno se nos ha dado una parte de la realidad, a ti los neutrinos, a mí a José Jiménez Lozano y sus historias, y algunas

literaturas, poesías, pero se te da un ámbito, un terreno concreto para descubrir, para maravillarte de él.

Cadenas- Una percepción inmediata.

Guadalupe- Sí, pero que sigue siendo particular, ¿entiendes lo que quiero decir? Tu hija, tú sacabas pecho porque Venecia se tenía que morir de envidia al verte con tu hija.

Cadenas- Y a la vez la sensación darte cuenta de que es un sentimiento universal.

Guadalupe- Exacto.

Cadenas- Ahí es donde captas algo que se te escaparía de otra manera. Por un lado, como tú dices, tú ha sido beneficiado, los ángeles te han bajado a esta niña para ti, ¡es toda tuya! Y a la vez darte cuenta de que eso es verdad y también es verdad que todos los hombres y mujeres del mundo que se han parado a pensar cuando han tenido una hija y han estado paseando con ella lo han notado, ¡han sentido lo mismo! Esa universalidad de lo especial es eternamente inexplicable y te obliga otra vez, te mete en directo en el espacio del misterio sobrecogedor. No encuentro otros términos más adecuados.

Guadalupe- El poeta Juanjo Cadenas también llora y tiene lágrimas. He traído dos poemas, uno que ha escrito muy recientemente después del bombardeo de Hamás en Israel el 7 de octubre. Se llama *Crying* (Llanto), está escrito en inglés y el poeta –luego si quieres desvelar alguna otra cosa– cuenta cómo hay una familia, el padre, la madre, dos hijos, en un concierto de Rachmaninov y escuchando la música, todos encantados, sorprendidos por la belleza del concierto, en un momento determinado el padre –o el poeta– mira a su hija y se da cuenta de que es una chavalita de veintitantos años y que a su vez la compara inmediatamente con otra chavalina que acaba de morir en Israel, en los territorios de Tierra Santa. Del mismo modo mira al hijo y se da cuenta de que tiene la misma edad que los soldados israelíes que acaba de ver con una bolsa de basura con los cuerpos en trozos. Establece esta comparación, luego sale la familia del concierto, hay fuegos artificiales en la ciudad, pero no son las luces de la guerra, están muy contentos y el poema termina de la siguiente manera. He hecho una traducción propia.

Cadenas- Me parece muy bien.

Guadalupe- “Cuando acabó el concierto, aplaudimos tanto que el pianista nos dio propina, tocó una pieza de Chopin y lloró, todos lloramos con él, he estado llorando en sueños toda la noche”.

Este es el primero. El segundo es un poema que me mandaste el 11 de diciembre de 2022 que se titula *The Children of a King* (Los hijos de un rey) y también aquí el poeta habla de un hecho, un acontecimiento doloroso y termina el poema –también lo he traducido yo– diciendo: “somos los niños de un rey, somos los niños de una reina, no deberíamos llorar, sin embargo, somos huérfanos, navegando en aguas oscuras de un océano de lágrimas”. Mi pregunta es: ¿dónde van las lágrimas de Israel?, ¿dónde van las lágrimas del príncipe huérfano?

Cadenas- ¡Vaya pregunta, Guadalupe! Nos ponemos serios. Cómo capturar lo esencial de la vida, esa tristeza, hay una canción de Silvio Rodríguez que lo borda y lo dice mucho mejor que yo. “¿Adónde van las palabras que un día partieron? ¿Acaso flotan eternas, como prisioneras de un vendaval?”. Esa pregunta es lo que yo creo que ha llevado a la gente a escribir poesía en el fondo desde hace milenios. No sé cómo contestar a esta pregunta, le tengo que dar unas cuantas vueltas, puede ser en directo. De hecho, me acuerdo

de una escena con una bailarina rusa que monta una complicadísima danza, durante un cuarto de hora delante de todos baila una danza maravillosa y cuando acaba viene un periodista y le dice: “resúmame en cinco palabras qué quiere decir con su danza”. Responde: “si yo pudiera resumirle con cinco palabras lo que quiere decir mi danza, ¿cree que habría estado un cuarto de hora danzando?”. Aquí es un poco lo mismo. Intentas capturar qué es la esencia del sufrimiento y del dolor. Creo que vale la pena comentar un poco los dos poemas y luego intentar ver lo que yo quería decir ahí.

El primero se escribe justo después del ataque de Hamás del 7 de octubre y digamos que tiene como tres bloques: un primer bloque en el que me veo a mí mismo en ese concierto y pienso en una situación parecida en la que entra un terrorista y mata a todo el mundo, veo a mi hija y recuerdo la foto de una chiquilla que estaba en un concierto de rock, veo a mi hijo y pienso en los soldados, y cuando veo los fuegos artificiales pienso que no están sonando sirenas como en el cielo de Palestina y no estoy viendo cómo meten en bolsas a los niños muertos. De hecho, ese poema es una y otra vez una pregunta que creo que todos nos hacemos y uno de los grandes retos que tiene la naturaleza humana. Todos necesitamos entender cómo convivir con la existencia de la maldad humana. El hecho de que el hombre sea bueno... Ahí hay una clave para entenderlo racionalmente porque si os dais cuenta a nadie nos sorprende ni nos asombra que seamos buenos, cuando lo somos. Lo que nos aterroriza y nos destruye es que seamos malvados. La maldad nos acongoja, nos confunde, nos golpea, nos quita la esperanza. Yo siempre –y en mis poemas lo he reflejado mucho– lo he pasado muy mal con eso. Sin embargo, me ha dado por hacer la pregunta contraria: ¿por qué no nos asombra la bondad? Evolutivamente somos primates. Hace dos días estábamos dándonos con el palo y ahora tenemos a santa Teresa de Calcuta, ¿de dónde ha salido esa señora? ¡No está en sus genes! ¿De dónde sale la bondad masiva que tenemos? Eso quizás sea lo único nuevo que tengo que decir con respecto a los últimos tiempos. Siempre he escrito poesía para intentar explicarme, intentar digerir el horror de la maldad, el horror del ataque de Hamás es difícil de explicar, ese y tantos otros, y sin embargo la bondad que estamos viendo todos los días la damos por supuesta, es decir, estamos dando por supuesto que somos buenos, o que podemos ser buenos, aunque respiremos la maldad, no es poco. No tendríamos por qué, la bondad no está garantizada. No hay ningún animal bondadoso en la naturaleza, ¡ninguno! Ese es uno.

El otro poema, me referiré por supuesto al contexto. En el último año y medio habían muerto mis padres, mi padre con 97 años, mayor, mi madre con 83, mucho más joven, que murió inesperadamente con menos de un año de diferencia. La muerte de los padres a todos nos obliga a pensar en quiénes somos. Ese es un poema donde dejas rienda suelta al dolor y navegas por ese océano, y también la única cosa nueva que tengo que decir después de un año de esto es que no está nada mal, es decir, nuestra sociedad moderna parece que le tiene miedo a llorar, a admitir que sufres, a aceptar el dolor, es como si tuviéramos que estar todo el día *happy* dando saltitos de un lado a otro. ¡No hay nada malo! Cuando tu padre se muere lo que tienes que hacer es llorar como un condenado y navegar ese océano de dolor. Nadie es ajeno del dolor. Para mí ese ha sido el gran descubrimiento que mucha gente ha hecho también. Descubrir no solo el milagro de lo que es la creación, el milagro de la esperanza que suponen tus hijos, sino la capacidad de aceptar la ausencia, la capacidad de aceptar el dolor que es propio del ser humano. Es verdad que aquí hay una diferencia que yo creo que es esencial entre los creyentes y los no creyentes. Los creyentes piensan que esa separación es temporal, que esa separación es circunstancial y los no creyentes no piensan eso. Ahí sí que cuando mis amigos se ponen plastas diciendo “oye, que te convierten”, yo pienso: “a ver si me convierten, porque ellos están mucho mejor”. Realmente el predicado de la fe cristiana que

dice "existe la redención individual de las almas" es el más atrevido de todo y también el más contestado.

Guadalupe- A mí me sorprendía de ese poema el título, *The Children of a King, The Children of a Queen*. Porque es verdad que es un *kadish*, un canto de dolor, diríamos en hebreo. El título recoge algo de la conciencia que tiene de hijo un rey, de hijo una reina. Hay una nostalgia dentro de la tristeza, una nostalgia de que la orfandad no sea la última palabra sobre nuestra vida.

Cadenas- El título, aprovecho para hacer un poco más de propaganda, no soy solo un tío que ha tenido la suerte de tener unos hijos más maravillosos del mundo como todos vosotros, sino que también he tenido unos padres. Hay que tener mucha suerte en esta vida para eso. Cuando llamo a mi padre rey -y lo justifico- y llamo a mi madre reina -y lo justifico-, sé lo que estoy diciendo. Mi padre salió de un pueblo que se llamaba Nerpio, del que no habréis oído hablar nunca, colgado encima de Caravaca de la Cruz, mi abuelo era pastor de cabras, mi padre consiguió hacerse a sí mismo, ser militar, ingeniero, pero sobre todo la obsesión de mi padre sobre todo fue educar a sus hijos. Esa sensación de que tú eres especial porque tus padres están obsesionados contigo hace -no lo sabes cuando eres pequeño, no lo sabes, pero cuando eres mayor sí- que hayas crecido como un príncipe. ¿Qué es lo que caracteriza a un príncipe? Lo que caracteriza a mi casa es que mis padres estaban pendientes de nosotros y nosotros. La fantástica, tremenda y única escapatoria para la gente como yo es la sensación de continuidad, la sensación de que yo fui el hijo de mi padre y tengo el privilegio de ser el padre de mis hijos. Yo no sé si esa continuidad es una ilusión, un cuento chino que uno se cuenta para conformarse, pero hay algo consolador ahí. Repito: la sensación de que existe un padre perfecto, la convicción de que hay otro tipo de padre capaz de registrar y respetar cada una de nuestras almas mortales... Caray, eso es muy atrevido, yo no sé si los cristianos se sientan todos los días a darle vueltas a este tema, pero no creo que esté tan claro. Eso me lo dijo Javier Prades una vez cuando le dije: "Qué atrevimiento". "Somos así de osados". Como diciendo: estamos así de locos. Un poquito sí.

Guadalupe- Yo te agradezco muchísimo que vuelvas a ponernos delante de esta experiencia. *Tam pater nemo*. No hay ningún padre como ese padre, que nosotros probablemente lo perdemos de vista, o lo empequeñecemos, o... digo yo desde mi experiencia de cristiana. Entonces te agradezco que nos recuerdes la imponentia de que tenemos un padre, que no somos huérfanos.

Cadenas- Es un salto gigantesco y además en cierto sentido mucha gente se conforma con lo que todos los no cristianos hacemos y esa pregunta, "¿pero hay alguien más?", es una pregunta que en la sociedad moderna no es políticamente correcto hacer. Es muy curioso porque tenemos todas esas fórmulas, sin embargo, no es políticamente correcto preguntarse si hay alguien más porque que vengan a preguntar algo para lo que no tenemos respuestas. Eso es algo que yo reconozco como un postulado atrevido, atractivo, intelectualmente atractivo y por eso me gusta, no es que me parezca una chorrada: "este le ha dicho esto y se lo ha creído". Habrá quien se lo crea, pero no creo que ningún cristiano serio no reflexione sobre semejante pasada todos los días. Es una pasada.

Guadalupe- Vamos a ir terminando. Perdóname que cuente una anécdota personal.

Cadenas- Vamos a hablar de tu libro.

Guadalupe- Exacto, vamos a hablar de mi libro. Recuerdo una llamada de Juanjo por una escena donde recreo un pasaje evangélico, de la viuda de Naín y cuando Jesús encuentra las

lágrimas y el cuerpo de su hijo y la viuda todavía joven y era su hijo único y Jesús se para, la mira y le dice: "Mujer, no llores". Yo creé una novela donde el personaje protagonista se encuentra con esta escena. No solo se encuentra con esta escena, sino que se mete, se entremete entre la viuda de Naín y Jesús que dice eso a esa viuda. Y en un momento determinado el personaje protagonista que viene de una trabajosa y fatigosa vida, donde se ha visto muy desilusionada, decepcionada, ha visto cosas sangrientas que no le han gustado, entre otras la muerte o el asesinato de Juan el Bautista y no sabe dónde mirar, la mirada de Jesús le cambia completamente porque está allí entre medias y le toca los ojos. Yo me quedo ahí, en la mirada que ve esa protagonista, en el encuentro entre esos dos personajes. Entonces, cuando íbamos a publicar la novela, de la que ha escrito el prólogo Juanjo, me llama por teléfono. Es un pasaje de Lucas 7, 11-17, por si alguien lo quiere mirar... me llama al teléfono y me dice: "pero Jesús resucitó al hijo de la viuda de Naín". Yo en ese momento no me acordaba, dije: "no sé, Juanjo". Y él: "que sí, que sí, que le resucita". Colgué el teléfono avergonzado porque no me acordaba de si le resucitaba o no porque yo me había parado precisamente en ese "¡mujer, no llores!" y en la mirada que rescata a mi personaje, pero no me acordaba. Entonces cogí el teléfono, llamé a Fernando y le dije: "¿el hijo de la viuda de Naín resucita? Porque Juanjo me acaba de preguntar esto y no tengo ni idea". Lo cuento porque lo que me sorprendió es que me llamase expresamente para preguntarme eso.

Cadenas- ¿Cómo para preguntarte? Para decírtelo, como si no lo supieras, ¡para reñirte!

Guadalupe- Para reñirme. Tenía su sentido literario pero bueno.

Cadenas- De hecho, en realidad desde el punto de vista literario es un truco maravilloso, es decir, resucitarlo hubiera un error desde el punto de vista del autor. Porque entonces, ¡ah, mira!, va y hace el milagro, así cualquiera. El punto es que ella se sabe el relato y se queda en la compasión infinita Jesús diciendo "¡mujer, no llores!", y ahí se para. Yo dije: "claro, es un truco literario fabuloso" y la llamé un poco para que me explicara muy orgullosa: "claro, esto ya lo sabía yo", ¡pero no se acordaba! Lo cual hasta cierto punto es como doblemente milagro, como que ella se concentra tanto en la compasión como elemento redentor que el resto no hace falta. Y eso nos lleva a la introducción de Stephen Mitchell, que es el mejor traductor de Rainer María Rilke al inglés, yo diría que la traducción que hace casi mejora a Rilke en lengua inglesa. Cuando traduce las *Elegías de Duino*, explica que Rilke pide permiso para quedarse encerrado durante meses y no hacer otra cosa que escribir, y después se tira varios años hasta que acaba, y dice que Rilke es sin duda uno de los poetas más grandes de la historia de la humanidad y compara las *Elegías de Duino* con la visita del cielo. Viene Dios e inmediatamente te abre el camino a la belleza y a la comprensión más profunda del alma humana, la conciencia, una cosa increíble. Y dice: "cuando Dios nos visita y el alma se conmueve ante tanta belleza, un final feliz no es necesario". Y en esta escena tuya hay esta especie de elipsis del final feliz, me voy a saltar el milagrito y eso me resulta potente. De hecho, te diría, por provocar un poco, que un evangelio y una cristiandad que dijera lo mismo sin recurrir a los milagros tendría todavía más potencia, más fuerza.

Guadalupe- Es plenamente humano.

Cadenas- Es plenamente humano.

Guadalupe- Vamos con la última.

Cadenas- Antes de que el público nos empiece a tirar tomates.

Guadalupe- Si habíamos empezado con esa noche japonesa en la que tú te das cuenta de que la tristeza es distinta al cómputo de los neutrinos, yo quería concluir precisamente con el movimiento contrario: ¿dónde se reúnen el método científico y la literatura? ¿Y dónde se reúnen también otras cosas de las que hemos hablado durante este rato que no me dejan de sorprender? Einstein habla de un elemento que es el misterio que permite que las cosas y la experiencia de ellas sean las más hermosas que se puedan hacer en la vida. "La experiencia más bella que puedo tener es la experiencia del misterio. Esta noción fundamental que se encuentra en la cuna del verdadero arte y la verdadera ciencia. Quien no lo conozca y no se pregunte por ello, no se maraville, está como un muerto y sus ojos están oscurecidos". Hay un factor en la realidad, por decirlo de alguna manera un elemento distinto que es el misterio, que hace que las experiencias que tenemos sean bellas. Los hijos, los padres, el dolor. Y por otro lado me sorprendía la inteligencia de Einstein cuando dice: "quien no lo conozca y no se pregunte por ello, no se maraville, está como muerto y sus ojos están oscurecidos". Yo pensaba: yo conozco el nombre del misterio. Me ha tocado, puedo decir cuál es el color de sus ojos y qué fisonomía tiene. Porque ha venido un hombre de carne y hueso, y tú te preguntas por él. Después de esta conversación, puedo -podemos- decir, por supuesto, que los dos métodos coinciden en este factor que podemos llamar misterio; pero además que el conocer el misterio o el preguntarse por él nos reúne a ti y a mí en un trabajo común.

Cadenas- Hay una cosa que a menudo el científico se escatima a sí mismo, se escamotea, y es que si es verdad que la ciencia ha eliminado mucho de lo antiguo, también es verdad que la ciencia nos ha dado la máquina de preguntar más grande que existe en el conocimiento humano. No es lo mismo, fijaos lo que sucedía en la Edad Media. En la Edad Media la cosmovisión era la que era, pero las preguntas, con todo lo grandes que pudieran ser, tenían muy poco recorrido. Ahora te sitúa en este planeta que es uno de los millones de sistemas solares de los cien mil millones de galaxias. Hala, digiere eso. A ver quién no siente que hay misterio ahí. El que dice que no, y tengo muchos amigos que dicen que no, que no hay misterio, que el universo humano. Pero el universo no es humano, en el sentido de que una máquina es perfectamente predecible y ni el universo es predecible ni la sociedad es predecible ni el futuro es predecible, y eso quiere decir que cada vez que nos asomamos a una de esas ventanas que la ciencia nos ha abierto sentimos vértigo, sentimos un vértigo tremendo, pero por los dos lados: ni podemos explicar el universo ni podemos explicarnos el cerebro humano diciendo que es la suma de los chispazos de las neuronas. No nos sale.

Guadalupe- Somos libres.

Cadenas- La libertad yo soy el primero que cree en ella, es una propiedad emergente de la complejidad de la naturaleza, no hay manera de que no lo seamos. Entonces la ciencia te está ofreciendo esa máquina que te está obligando, a no ser que te empeñes en estar atontado, te está obligando a vivir con el misterio cada día, literalmente cada día, cada día que piensas porque la mayor parte de los días no pensamos, pero cada vez que piensas te tomas en serio lo que dices y por eso -muchas veces lo hemos hablado- yo no considero necesariamente en ciertos aspectos eso que me preguntan todos mis amigos: ¿por qué te vas con esos cristianos?, a ver si te convierten. La respuesta que les doy es porque a estos les interesa hablar y a ti no, a mí me interesa preguntar, me interesa preguntarnos juntos, me interesa hacer este ejercicio del pensamiento.